

LO RELEVANTE

La Transición política puso de relieve importancias sociales que, como accidentes geográficos en la superficie terrestre, han llegado a constituir la actual orografía de la cultura. El mapa de las cimas y simas culturales lo crea y recrea la acumulación de sedimentos primitivos en la inveterada costumbre de reverencia al poder desvergonzado, y las continuas depresiones o socavones en el suelo firme de la crítica irreverente y la argumentación «ad verecundiam». El espectáculo de lo vulgar o mediocre atrae la visión pública de lo público. Cumbres de prestigio y abismos de proscripción perfilan el paisaje urbano donde se desenvuelve la vida de la inteligencia y de la emoción. Así como el texto de las Constituciones del poder político es el mejor escaparate de la idiosincrasia pasional de los pueblos, como lo demuestra mi nuevo libro sobre las «Pasiones de servidumbre», el contexto de las relevancias culturales denuncia los grados de sensibilidad moral y los niveles de mentalidad civil entre los que se mueve el gusto y la opinión en las sociedades nacionales.

Las relevancias sociales de la Transición al partidismo están a la vista en el mundo cultural y editorial. No las describo, pues no he perdido mi tiempo en conocerlas por dentro, salvo en la parte que nos imponen sin remedio los medios de comunicación. Eso basta para confirmar la utilidad higiénica del instinto, hecho prejuicio consciente durante el franquismo, de no ver ni leer nada que no sea algún bello producto de la libertad creadora. Si he conservado en mi obra intelectual algunas trazas de sinceridad mental, o decente gusto expresivo, lo debo a ese prejuicio contra todo lo que triunfa a favor de las corrientes del poder. Sospecho de todo lo que reluce con la falta de libertad política. Aunque pueda equivocarme en alguna singularidad artística, no traspaso el umbral de las falsedades culturales. Lo cual me ha dado una perspectiva ingenua, que siempre trato de preservar, para ver el sistema de valores de la Transición a través de las relevancias sociales de artífices y medios difusores de la cultura vendida.

No puede ser obra del azar que los dos únicos tratadistas de la relevancia fueran filósofos judíos huidos del nazismo a sendas cátedras universitarias en EE UU. Distintos caminos reflexivos les llevaron, en vidas paralelas, a conclusiones casi idénticas. Las relevancias no son las «importancias» de que hablaba Ortega, ni las «pertinencias» del comercialismo editorial, pues constituyen un sistema formal. Sea, como pensó el lituano Aron Gurwitsch, en el campo temático de la conciencia voluntaria, donde los datos copresentes en un tema forman un contexto unitario cuya unidad es «la unidad por relevancia». O bien sea, como creyó el vienés Alfred Schutz, con el tipo ideal o esquema de referencia cultural definido por el cuadro de relevancias sociales o impuestas.

La empresa editorial PRISA no ha lo-



grado dar importancia real ni pertinencia cultural a su producción por la calidad de sus obras, que son artificiales, sincréticas y mediocres, sino por haberse constituido al amparo del poder político en sistema unitario de relevancias sociales y políticas de la Transición. La relevancia sistemática levantada por el periódico El País y las empresas editoriales que lo arropan no expresa, como se dice vulgarmente, el poder de la cultura, sino la cultura del poder, y a un régimen de poder corrompido por la falta de libertad política y por el consenso, le corresponde, como referencia ideal, el sistema de relevancia formal impuesto y consagrado por un tipo de cultura oligárquica, corrompido en su raíz por defecto de sinceridades y exceso de pretensiones a la distinción honorífica. Trayendo la originalidad de la «Fiera» crítica a las relevancias literarias, LA RAZÓN procede al modo de Vico cuando, con su retorno de las naciones, puso el estado ferino antes que las familias, la aristocracia y el principado.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

AMBIGÜEDADES Y EQUIDISTANCIAS

No han estado esta vez los espías a la altura de las circunstancias. Sus análisis no han llegado a tiempo a los despachos cuyos titulares los leen con fruición. La convocatoria realizada por los obispos vascos y navarros para pedir la Paz y el perdón para los etarras, que tanto «padecen», era cosa conocida; también se sabía que los sacerdotes considerados como no nacionalistas habían sido marginados expresamente de las gestiones que precedieron a dicha convocatoria. Y ha pasado lo que ha pasado. El nacionalismo vasco, que tanto debe a la Iglesia, no ha podido comenzar de una manera mejor su campaña preelectoral. Es verdad, reconocen a Juan Bravo los espías-analistas, que al Partido Popular, cuyos mi-

litanos son casi en su totalidad católicos, le hubiera resultado más que complicado explicar su ausencia. Pero también es verdad que con su presencia avalaron un acto en el que, una vez más, los prelados vascos y navarros, se situaron en la ambigüedad y la equidistancia y, en su mensaje, recogieron algunos de los postulados que preconiza el nacionalismo excluyente para la solución del «conflicto». Menos mal que el mensaje del Papa fue claro y dejó las cosas en su sitio. Ayer, si se leían la mayoría de los periódicos, parecía que se había avanzado mucho hacia la Paz pero, lamentablemente, el camino que trazan algunos no es recto sino bastante sinuoso.

Juan BRAVO



VACAS LOCAS Y LITERATURA



gradación, en la conversión en basura.

Para que el paciente lector vea que no exagero en esta extraña comparación entre la degradación del vacuno y la literatura, le invito a que prosigamos y persigamos el paralelismo. ¿De dónde pro-

viene el terrible mal de las vacas locas? Evidentemente, de haber cambiado su forma de alimentación, tratando forzosamente a herviboros cual si fuesen carnívoros. Y ¿cómo se alimentan muchos de nuestros escritores, pues también la creación literaria requiere nutrición? No, por cierto, y según me temo, de profundas y maduras necesidades expresivas, de su reposada sedimentación, del diálogo con los clásicos, del afán de superación que lleva a escribir y reescribir hasta que los contornos de la perfección, o por lo menos de la satisfacción ante lo logrado, se dibujan. Tales praderas de sabroso pienso, cruzadas también por duras tormentas, han sido abandonadas en masiva estampida. Y el alimento es la camaza, la camaza de obtener premios prefabricados, de publicar en prepotentes y acriticas editoriales, bien trabajadas aduladorasmente, y, desde ellas, obtener salidas en la televisión y críticas favorables. Y estar en la cresta de la ola, publicando incansablemente, pues lo importante es aparecer en primer plano, situarse entre los llamados «famosos» aunque no se tenga nada que decir. Pues la imagen es efímera y nuestras librerías, de escasa trastienda, se nutren de novedades. Entonces se impone la precipitación. En la codicia ganadera se trata de engordar aceleradamente a las vacas, para obtener rápida rentabilidad, aunque el producto sea deletéreo, en la literatura, con no menor premura, de hinchar la vanidad del vacuo autor y las arcas de la editorial, cuando ésta es poderosa, que, de no serlo, naufraga. Se está aconsejando últimamente no consumir los centros nerviosos, ni los ojos de las vacas. Pero en el terreno literario sobre la recomendación, ¿qué quedaría de la literatura si le amputamos su capacidad de imaginar, de pensar, y de abrir la mirada sobre lo real?

Oscura noche creativa en la que estamos sumidos, después de que las esperanzas renovadoras de la democracia se ahogaron en una esterilizante transición que ha hecho triunfar los oportunismos y la mediocridad ambiciosa. Noche a veces cruzada por relámpagos de justicia, como el reciente Premio Cervantes a la obra de Francisco Umbral. Y en la cual no deja de haber meritorios valores, silenciados, al situarse fuera de los grandes poderes culturales, aunque en ocasiones sean reconocidos allende nuestras fronteras. Hace ya medio siglo Horkheimer y Adorno denunciaron el modo en que la producción intelectual se degradaba, al convertirse en «industria cultural», guiada por la publicidad y el fácil beneficio. Pero, además, en nuestro país, perdida la crítica responsable, el diálogo abierto, la generosidad para apreciar los auténticos valores, la solidaridad en levantar nuestra cultura como una empresa común, sustituida y devorada por la envidia hispánica y el cainismo, nuestra industria cultural se convierte en una perversión...

Carlos PARÍS